

Don Antonio, en constante movimiento, vendía gises y rectificaba noticias, contaba pliegos de papel ó contaba dinero á la vez que daba su voto sobre los párolos de un jugador ó la paliza ruidosa de un periodista, ó el efecto producido por un elocuente sermón del Dr. Ormachea.

Entre esas gentes y en aquel sitio, percibí al paleta de levita verde, á quien los cien trompetas de la fama llamaban el poeta Calderón.

Hablaba sabroso, reía con desgaire, y por angas ó por mangas dirigíase su conversación al teatro, que era su pasión dominante.

Frecuentemente concurría á la casa de su tía la señora María de los Angeles de Zozaya, hermosa matrona, cuya tertulia se componía de notabilidades artísticas y literarias, lumbreras del foro y personajes eminentes en la política.

El Sr. Zozaya ocupaba rica posición y tenía bastante influencia como letrado. Su esposa era su idolatría, y su esposa, alegre, expansiva, accesible á los más tiernos afectos, voluble y caritativa, con recursos de magia irresistible para los hombres, y seducciones para las jóvenes y las amigas, Mariquita Zozaya se revelaba siempre entre los rayos purísimos de sus acciones misericordiosas.

La maledicencia misma sucumbía y callaba cuando se hablaba del excelente corazón de aquella mujer adorable.

Como decía, su tertulia la formaban el inteligente

juez Pouchet, el más hábil y conecedor de los letrados en materia criminal; Barrera, poeta de salón, entonces muy en voga; y entre los jóvenes sobresalían: por su gentileza, Gamboa; por su chiste, Algara; por sus cuentos salados, Diego Correa; por su elegancia, Juan Roo, D. José More, y los hermanos Peña y Barragán, manirotos, valientes y cumplidos caballeros con damas y galanes.

Constantemente se proyectaban en aquella casa bailes, paseos, excursiones al campo, banquetes y cantamisas; porque es de advertir que no faltaban Reverendos y Canónigos en la tertulia, y que aquella señora, como las grandes damas de la época, era tan bien aceptada en los conciertos y saraos como en unos santos ejercicios, ó cumpliendo promesas edificantes en Guadalupe ó en la Soledad de Santa Cruz.

Calderón era el encanto de aquella tertulia, ya por sus talentos, ya por su carácter dulce y condescendiente, ya por sus aptitudes sobresalientes para los juegos de prendas, bailes y suertes de prestidigitación, á que era afectísimo.

Mi presentación á Fernando en la alacena de D. Antonio fué fría, porque algo le preocupaba en aquel momento.

Por esos días me había refugiado con la señora mi madre, moribunda, en una vivienda interior de la calle de los Gallos, de patio empedrado y caño descubierto, escalera torcida y falla de peldaños, chicos desnudos, mujeres en cinta, vecinos lisiados, canes

roñosos, farolillo de buche de pescado, en las noches, remendón aguardentoso y desvergonzado en el zaguán, durante el día.

Mi sueldo eran diez y seis pesos; mi amparo un estudiante de medicina tan en la *chilla* como yo, y mi esperanza . . . la grandeza de mi fe.

El insomnio me procuró relaciones íntimas con la miseria y la tiniebla.

En una noche de congoja infinita, se me presentaron unas señoras muy respetables, señoras de la vecindad á quienes debía favores, mostrándome á un rico, precisamente á las doce de la noche, en las puertas de las Capuchinas.

Decían las señoras, y era cierto, que al sonar la esquila del convento, cuando entraban las monjas á coro, si se daban tres golpes en la puerta de la iglesia, las santas monjas consagraban á Dios sus oraciones por el remedio de la necesidad que representaban los hermanos afligidos.

Lleno de gratitud acepté la invitación.

Por el camino, con una señora de confianza hablaba de mis penas, de mis congojas, y de la imposibilidad completa en que me hallaba de trasladar á la señora mi madre á Tacubaya, como lo tenía ordenado el médico.

Describiendo mis tormentos á mi acompañante, le pintaba las horas en que, en medio de un ataque espantoso en que el dolor parecía despedazar á mi buena madre, cuando con el aliento, con el llanto, y con

los gestos de la desesperación la llamaba á la vida, volvía en sí delirando, risueña, llamando á mi padre como en sus días felices, ó cantando con voz dulcísima alegres canciones cuando tenía empapadas en lágrimas las mejillas. . . .

Alguien nos escuchó: yo quise volverme; pero la calle estaba solitaria y no se percibía sino la masa de sombra de los que íbamos para la iglesia.

Pocos días después de esta escena, atravesaba la calle de Capuchinas, y me pareció que me veía con fijeza un hombre chaparro, moreno, bien peinado y bien vestido, medio abierto de piernas y con un enorme puro entre los labios, que arrojaba plumeros de humo.

Fijéme en aquella figura un tanto pretensiosa y suficiente, y el hombre me llamó.

—¿Ud. es D. Guillermo Prieto?

—Sí, señor. . . .

—¿Un joven que hace versos?

—Servidor de Ud.

—Pase Ud.

Entró, se coló tras del mostrador, sacó una talega, y á mi vista deslumbrada contó doscientos pesos, que yo ví como una columnata fantástica de plata.

—Tome Ud. eso; es de Ud.

Yo no sé lo que fué de mí, ni cuántas cosas pensé. Corrí á las tiendas, hice arreglos, alquilé coche, tomé casa en Tacubaya, y en la tarde volví triunfal á la mía á trasladar á mi madre al pueblo mencionado, seguro de que se había salvado su vida.

Repuesto de mi sorpresa y reprochándome mi aturdimiento, procuré indagar el origen de aquella lluvia de pesos bajada de lo alto, que había hecho mi felicidad.

Después de muchas indagaciones supe que la persona que me había llamado era D. Ildelfonso del Castillo, dependiente principal de una gran casa de comercio, guatemalteco recién llegado y de muy pocas relaciones.

Era cierto que mi padre había manejado un caudal opulento, y que entonces no eran raras las restituciones sigilosas; pero por mil circunstancias llegué á persuadirme de que se trataba del auxilio de una persona generosa que deseaba ocultar su nombre.

Un segundo y un tercer auxilio, recibidos con suma oportunidad y las mayores atenciones, porque el señor Castillo me había cobrado especial cariño, hicieron que mi curiosidad se despertara de un modo incontenible, y un día que recibí dinero, me acomodé á buena distancia del tenedor de libros, y ví: «Al señor Lic. D. Fernando Calderón, para D. Guillermo Prieto.»

Mi conmoción fué indescriptible Yo, que había visto con indiferencia á Calderón; yo, que en mi interior le había calificado de frívolo; yo, que por pedantería y suficiencia (no por envidia, que jamás la he conocido), no había ensalzado suficientemente el mérito del poeta y las acciones heroicas del patriota yo, debía á Calderón la vida de mi madre!

En ese intervalo Calderón se había presentado en la Academia, leyendo, corregida, su *Rosa marchita*, que ya conocíamos.

Al siguiente día de mi descubrimiento, me dirigí á la casa de Fernando, para manifestarle mi reconocimiento profundo y tratar de hacerle el pago de sus dineros.

Vivía Fernando en la calle de San Andrés, en una casita de *plato y taza* que tenía en la puerta el rótulo de *Amoladuría*, rótulo que glosó Calderón con inagotables chistes.

El *plato y taza* quería decir una accesoria para la calle y dos cuartitos en alto, á los que se subía por un caracol incomodísimo.

En la accesoria vivían en holgura dos criados vestidos de cuero, con sus sombreroes, y su ajuar eran sillas de montar.

Pregunté por Calderón; le dieron aviso, y me dijeron que subiera.

La primera de las piezas estaba con luz, y sólo ví en ella una mesa grande con papeles y vestidos.

La segunda pieza estaba casi á obscuras, recibiendo la luz por un mezquinísimo postigo del balconcito.

Yo le conté mis relaciones con Castillo, mis amarguras; le aclamé con sincera ternura mi bienhechor, y le hable de los términos en que había de pagarle.

Oyó Calderón, con fisonomía entre dulce y socarrona, mi relación, y me dijo:

—¿Cuánto tiene Ud. de sueldo?

—Diez y seis pesos mensuales, como meritorio gratificado de la Aduana.

—¡Valiente sueldo! ¿Y cuánto me abonará Ud?

—Ocho pesos. . . .

—Ya estaremos grandecitos cuando acabe el pago.

Cierto acento de frialdad; aquel lenguaje que se parecía al de los usureros con quienes yo trataba, no sé en fin qué me hirió, me acobardó, despedazó mis ilusiones. . . . Tenía un nudo en la garganta, contenía raudales de lágrimas. . . .

No comprendía yo que aquello lo hacía Fernando por oírme hablar.

—¿En qué términos hago la obligación?

—En los que Ud. guste;—dijo Calderón vistiéndose,—todo depende de las garantías.

—¿Quiere Ud. pagarés de otros empleados?

—No, Sr. Prieto, porque estarán á la misma altura.

—¿Del Tesorero?

—Tampoco; Ud. no goza de sueldo: *gratificación*.

Nos acercamos á la mesa, y se sentó Calderón.

—Acabemos, pues. . . .—dijo—tomó la pluma y escribió unas cuantas palabras.

—Vea Ud.—me dijo con un tono de voz que nunca olvidaré;—vea si le convienen mis condiciones.

Yo leí. . . . releí y me eché en sus brazos, llamándole: hermano mío, hermano de mi corazón, y anegado en lágrimas.

El papel decía:

«Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes.

«¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?»

.....
El soldado de la libertad, imitación del *Pirata* de Espronceda, fué la primera poesía que leyó Calderón en la Academia con el carácter de nueva producción de su ingenio. Poco después leyó *El sueño del tirano*.

Ambas poesías, fluidas, sonoras, y de versificación correcta y castiza, tuvieron gran resonancia y celebridad por las circunstancias.

Santa-Anna se había apoderado de la presidencia de la República, y desde sus primeros pasos se había vuelto cruel, desordenado y vengativo, encendiendo poderoso descontento.

Las dos composiciones de que hablamos se convirtieron en obras de circunstancias: la una se traducía como un grito de guerra contra la tiranía; la otra como su merecido suplicio.

De la aceptación de esas dos composiciones nació la idea de que Calderón no debía dedicarse sino á la poesía lírica, cuando él calentaba en su cerebro las creaciones del *Torneo*, de la *Vuelta del Cruzado*, de *Ana Bolena*, etc.

Calderón de nada de eso se cuidaba; hacía versos como *hacia resuello*, sin darse cuenta ni fijarse regla, en la conversación, hablando á solas, escribiendo, interrumpiendo una carta con una cuarteta ó con un so-

neto. De ahí nace su fluidez incomparable, su naturalidad inverosímil.

Calderón no tenía mesa ni escritorio adrede; en su casa ó en la del Lic. Beltrán, tenía sus manuscritos, y cuando más animada estaba la tertulia con gritos de muchachos, risas de muchachas y carreras de perros, se quitaba en un rincón chinelas y calcetines, metía los pies en agua fría, mandaba traer sus manuscritos, y escribía, escribía abstraído del bullicio, sin borrar ni una sola letra.

El manuscrito de *Ana Bolena*, que fué de mi propiedad, tenía sólo dos versos tachados, y eran como veinte plieguitos de papel azul, de los que se usaban para cartas.

También se le encarecía el cultivo de la poesía lírica, por sus dramas. Pero es de advertir, que su lirismo es el lirismo de Calderón y de Lope; lirismo del que no estuvieron exentos ni Tirso de Molina tan cuidadoso, ni el mismo Moreto, modelo de corrección dramática; y Calderón era hijo neto de esa escuela, aunque carecía de las dotes dramáticas de los anteriores, con cuyas obras se educó.

Calderón era muy medianamente instruido, y poco estudioso; los asuntos de sus dramas los sacaba de la primera novela que caía en sus manos.

De *A ninguna de las tres* tomó el caneavá para bordarlo á su manera con los caracteres de la sociedad en que vivía, porque era singularísima en él la sutileza de observación, la rectitud de juicio y la penetración de

resortes del gran mundo, en su carácter bondadoso, alegre y aparentemente insubstancial.

Y este es el lugar á propósito para marcar las diferencias entre la poesía de Calderón y la de Rodríguez Galván.

El primero todo lo debía á la naturaleza y la fortuna; la alegría á su bienestar; lo caballeroso á sus tradiciones; sus rasgos de gran señor á los personajes que le rodeaban; la inspiración y la bondad á Dios.

Calderón era expansivo; alegre, maniroto, sin hiel.

Rodríguez era hijo del dolor y del estudio; había dejado su tierra en la pobreza, y se había dedicado á trabajos de sirviente de librería, habiendo hallado motivos de consuelo en aquéllos que como muebles reclamaban su ocupación.

Aislado, triste, con sus confidencias con los astros, con grandes escaseses hasta para comprar calzado, indio excéntrico; todo era en él adquirido: educación, modales, manera de decir.

Reir, para Rodríguez, era un esfuerzo como el que hacemos para toser.

Tales circunstancias hicieron que Rodríguez simpatizara con la escuela que se decía de los desheredados y de los infelices; la escuela creadora de Quasimodo y del poeta Gringoire.

Rodríguez se ocultaba para hacer sus versos, porque le habría perjudicado su reputación de poeta.

Para Calderón esa reputación era un título que le mantenía con brillo en la alta sociedad.

Por eso Calderón es más ruidoso; Rodríguez más profundo: el uno más popular, el otro más apasionado y más tierno: en el uno se perciben acentos heroicos; en el otro, á veces, rugidos salvajes.

En un baile, Calderón era una delicia; Rodríguez un contrasentido. El uno era capaz de marchar con la frente radiante al sacrificio. . . . el otro era capaz de sufrirlo con la impasibilidad sublime de Cuauhtémoc.

Reflexiónese detenidamente en esos dos caracteres, y se harán juicios acertados sobre sus composiciones.

A su vez, y conforme me lo hayan dictado mis recuerdos, haré mención de los demás miembros de la Academia, que aunque muy ilustres é influentes, se señalaron más bien y pusieron en relieve su personalidad en los movimientos políticos. Por ahora me permitiré hacer algunas ligeras reflexiones sobre la Academia de Letrán, para que se vea que no exagero en manera alguna su importancia, considerándola como una de las fuentes—acaso la más notable—de la literatura mexicana.

Es cierto que no pueden citarse genios de primer orden como Shakspeare, Calderón, Cervantes, Byron, Goethe y otros astros de primera magnitud, de otras naciones. Pero mucho fué que por la primera vez, de un modo científico y concienzudo se abrieran discusiones, se expusieran dōctrinas y se fijaran principios, ó ignorados completamente, ó como sepultados en las librerías de algunos sabios.

La pintura tristísima que hace el Sr. Pimentel en su

precioso libro intitulado «Historia crítica de las ciencias y de las letras en México,» es exactísima: sermones de obscuridad incomprensible, versos místicos en los que hay, á veces, verdaderas blasfemias; saluciones á los monarcas que se sucedieron en España; frías imitaciones de los poetas latinos ó españoles; tal era el vasallaje de las letras, hasta que, á principios del siglo actual, Navarrete y Tagle aparecieron como circuitos de una aureola feliz para las letras.

Cierto es que el *Pensador*, Mora D. José M. Luis, Quintana y otros, marcan un período notable; pero más bien en lo político, y de ello me ocuparé á su tiempo, aunque tengo hechas indicaciones, á mi juicio importantes, al hablar de la revolución de 1833 y de D. Valentín Gómez Farías.

Carpio, Pesado, Calderón mismo, incurrian en groseras faltas de prosodia, y como nuestro modo de hablar no correspondía á las reglas, teníamos trabajo para dividir la pronunciación en vocales que no formaban diptongos, incurriendo en faltas aun más graves.

El descuido de la instrucción primaria era grande, el estudio del latín muy preferido y acreditado; resultando de todo, que hombres públicos de altísima talla y doctores con borlas de todos colores, escribía abrazo con *h*, como el tipo de la *Gallina Ciega*.

Las discusiones de la Academia nos obligaron á estudiar á Sicilia, á Salvá y á otros gramáticos, y tuvieron otra corrección las producciones poéticas y literarias.

El *Zurriago*, periódico que redactaba el erudito conde de la Cortina, de la escuela de Hermosilla, aunque escrito sin elevación, sin gusto, y sin filosofía ni buena educación, nos dió provechosísimas lecciones que, aunque nos irritaban, rebajaban las pretensiones del amor propio y nos abrían los ojos para seguir los buenos modelos.

Antes, la crítica, con raras excepciones, degeneraba en polémicas de desahogos y groseras personalidades de que quedan lamentables recuerdos.

La Academia tuvo aún más alta significación, democratizando los estudios literarios y asignando las distinciones al mérito, sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y elevado.

Y era natural. Nacida la Academia de cuatro estudiantes sin fortuna, y entrando indistintamente en ella próceres y sabios que cedían su puesto á meritorios de oficina, dependientes de librería y vagabundos como Ramírez, se verificaba espontánea una evolución en la que el saber, la luz, la inspiración, y el genio, alcanzaban noble y generosa supremacía.

Tampoco reunión de esta clase había tenido antecedente en México.

Pero, para mí, lo grande y trascendental de la Academia, fué su tendencia decidida á mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar.

Los folletos políticos y los poemas patrióticos die-

ron el primer impulso á aquella tendencia que aparecía como intermitente desahogo de la manera de ser. Alguna oda de Tagle, los cantos de Ortega D. Francisco, y de Lacunza, ó *La batalla de Tampico*, ya tuvieron más formales aspiraciones; pero realmente no pueden mencionarse como características.

No así en Letrán; que aunque había sus imitadores, sin plan y sin premeditación, se procuraba exponer flores de nuestros verjeles y frutas de nuestros huertos deliciosos.

Pesado en su novelita intitulada *El Inquisidor de México*, Pacheco en su *Criollo*, Ortega en *Netzula*, Rodríguez Galván en su *Moza*, en su *Manolito el Pisaverde*, en su *Privado del virrey*, Calderón en su *Adela*, y yo en mi *Insurgente*, en varias odas y en romances, nos referíamos: Pesado á los horrores de la Inquisición, Pacheco á la condición degradante de los criollos en México, Ortega á los aztecas, Rodríguez, Calderón y yo, á nuestras costumbres, cuyos cuadros me había yo atrevido á exponer al público en el *Domingo*, periódico que redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudio.

Como se ve, esta faz, hasta cierto punto autoritativa, que presenta la literatura, merece detenido estudio.

La Academia, ó más propiamente dicho, Rodríguez Galván, publicó tres tomitos con el título de *Año nuevo*, en 1837, 1838 y 1839, que quedaron como recuer-

do de los trabajos literarios que he recorrido, y que tendrán su importancia el día que se quiera emprender fundamentalmente el estudio de la literatura nacional.

Después de recorrer los encumbrados ideales que he procurado describir, caía como despeñado á mis tareas aduanales, mis jefes y mis compañeros de oficina. —No queda más remedio que zabullirse con resolución en aquel mar de prosa porque al fin ocupa un lugar en mis recuerdos.

La aduana era naturalmente plebeya, pero plebeya como la viruela, como el cardo, como el mosquito que espanta el sueño; yo le encuentro cierta semejanza con la red y la ratonera, con la trampa y con la Inquisición. Pero la aduana podía decir como el Don Donato de Bretón: «tengo dinero.»

Así es que en las prerrogativas oficiales, en las aspiraciones de altos personajes á las jefaturas en sus conexiones con el rico comercio, la aduana rayaba á grande eminencia y era de muchísima importancia su intervención en los negocios. El gran movimiento de mulas y carros, entrando y saliendo por las puertas de entrada y salida; los montones de tercios que se abrían y cerraban en los patios amplísimos al ruido aturdidor de cuñas y martillos; el tumulto de cargadores rodando barriles y transportándolos; los vistas con sus guías en las manos confrontando facturas, examinando efectos y disputando con amos y dependientes, y la

multitud que á la oficina penetraba de indios, indias, arrieros, dependientes de tiendas y cajones, portadores de dinero, etc., todo hacía de aquellas oficinas la mansión del ruido, la estancia del trajín, la guarida de la fatiga y el remedo del tumulto, de la inundación y del incendio.

La grande oficina tenía á la entrada un gigantesco cancel que daba paso á un ancho salón de 40 varas de largo, con barandillas y mesas con sus papeleras á los lados, y en el fondo una imagen colosal de la Virgen de Guadalupe, á la que ardían constantemente dos ó cuatro velas.

En la pared izquierda del salón se destacaban tres grandes puertas de los tres departamentos más importantes de la oficina: la Administración, la Contaduría y la Tesorería. Cada uno de estos departamentos tenía su fisonomía particular: lujoso y con sillones el primero, silencioso y como abstraído á todo trajín el segundo, y el tercero tumultuoso, con el ruido de los pesos, los atropellos de los causantes, los contadores de dinero con sus mandiles en el mostrador y sus cargadores y criados de confianza ladinos é insolentes.

Las mesas que decoraban el salón marcaban los distintos ramos y operaciones del despacho: «Mesa de Pases,» «Mesa del viento,» «Mesa de Abonados,» «Mesa de efectos del país,» de «Liquidaciones,» de «Libros,» etc., etc.

Las mesas de Pases y del Viento eran escándalo é insurrección perpetua: á la primera acudían en tropel

los viajeros, que, listos para marchar, desde las cuatro de la mañana esperaban en todo tiempo hasta las nueve á que se abriera la oficina. A la segunda los introductores que dejaban prenda en la garita y que acaso habían pernoctado en Mexico con gravámenes inmensos porque la oficina se cerraba á las dos de la tarde. ¡Ay del infeliz que mostraba impaciencia! ¡Ay del distraído que olvidaba quitarse el sombrero reverente!

Mientras los causantes bramaban, los empleadillos de tres al cuarto se engolfaban en una disputa sobre el mérito de Chucha Moctezuma ó Palomera, bailarina una, gracioso el otro, ó en recitar unas coplas, ó en recoger un escote para unas *chalupas*, ó remedar á los jefes é imitar sus firmas.

Á menudo desaparecían dos ó tres empleados que iban á almorzar y entonces armaban plaza los indios pacientes hasta el regreso de sus servidores.

Á la mesa del Viento se agolpaban queseros, maiceros, intructores de piedras, vigas, ganados, etc.; la tarifa era voluminosa, las cuotas variadísimas, la urgencia del causante la misma, y la holgura y cachaza de los empleados la propia. Solía haber sus altercados provocativos; no faltaban rancheritas de dentadura blanca, pecho saliente que humanizaran á los canes del fisco; pero tratándose del tesorero, era forzoso esquilmar y exprimir al contribuyente so pena de los anatemas de la superioridad, manía que aun subsiste.

Una borrada ligera, un rasgo de pluma acusado de

sospechoso, una enterrerrenglonadura, eran pretexto de una demora, ó un proceso, ó motivo de ruina para un infeliz. Invento de maldición y tortura puede llamarse á la alcabala; pero los que se interioricen en sus trámites, los que puedan valuar sus extorsiones, su ineficacia, sus delatores y verdugos, tienen que contarla como una de las mayores calamidades de un pueblo.

En la Contaduría residían los doctores de la ley, los encumbrados oficiales que dictaminaban en los negocios de contrabando. Parece que los veo: calvos, con sus anteojos de plata á la punta de la nariz, las plumas de ave junto al hondo tintero de plomo, su escupidera al lado, su zalea en los pies. ¡Qué talentos aquéllos! Tenían en las puntas de los dedos á Baudolon y á Unzueta, á Ripia y á Pinilla, la Ordenanza de Intendentes, y, sobre todo, la Pauta de Comisos, obra magna en que dieron sus pinceladas D. Ignacio de la Barrera, D. Manuel Payno y Bustamante y D. Manuel María Canseco, y como el busilis de aquella sabiduría era el reparto del contrabando, los doctores eran personas de mucha sindéresis y mucha letra menuda, concluyendo siempre sus pareceres con decir: «V. S. decidirá con sus superiores luces ó su conocida justificación.»

Por supuesto que el punto de partida de los doctores para emitir sus pareceres, era que todos los comerciantes son ladrones, y con esta conclusión subentendida no hay juicio imparcial posible, equívocos y retruécanos, susceptibilidades y acechanzas, esgrima

de covachuelistas cavilosos, llenos de crueldad y mala fe; mezclas de tejidos de lana y seda en que se valua- ba todo como seda; un aguamanil con un relojillo de pipiripau que se graduaba de reloj de lujo; una estera con un florón que se cuotizaba como alfombra; un lien- zo con un fronzón caracterizado de ropa hecha, y lo que es más, declaradas maleadas unas sardinas, pero sujeto el aceite en que venían al impuesto, y duplicar ó triplicar la cuota del papel porque pesaba más por causa de la aduana.

Las represalias eran las consecuentes con la extor- sión, y he ahí una lucha de robos, de estafas, de men- tiras é indignidades sin cuento.

No puedo darme á derechas razón de dos aconteci- mientos que se conservan en toda su integridad en mi memoria, de tal manera que reaparecen con todos sus perfiles y accidentes al menor soplo de mis recuerdos. Helos aquí:

Los oficiales de categoría de mi oficina eran inte- gérrimos, no obstante la escasez de sueldos, lo tardío de *la escala* y el tanteo á que se prestan disimulos, aforos y liquidaciones.

Pero como donde menos se piensa salta la liebre, y nadie diga zape hasta que no escape, cierto empleado de antecedentes purísimos, pero hundido en la desés- peración por la enfermedad mortal de un hijo, se con- fabuló con cierto poderoso comerciante para un fraude, y marchó viento en popa el negocio, corriendo por to- dos los trámites oficiales hasta el momento de la veri-

ficación del pago y expedición de las tornaguías. Sólo faltaba la firma del Administrador que casi sin ver la ponía en esos documentos que habían pasado por va- rias comprobaciones.

El causante confabulado estaba en la Administra- ción, la guía en la mesa, el Jefe pronto á firmar, cuan- do derribando silla y mesa con estrépito, derramando el tintero, regando papeles, se precipitó como un loco el empleado á quien he aludido y con la fisonomía des- compuesta y voz penetrante y destemplado grito.... ¡No firme Ud., señor, no firme Ud.! Va Ud. á autorizar un robo.... Yo soy el ladrón!.....

El empleado cayó gravemente enfermo, y descubier- to el fraude quedó arruinado el comerciante. Aun vi- ven dos ó tres testigos de esta horrible escena.

El otro de los recuerdos que he señalado me atañe muy personalmente, y en toda regla debía omitirlo en cualquiera otro escrito que no tuviera el carácter de éste. ¡Es tan estorbosa la propia personalidad! Pero las memorias ¿qué son si no almacenes de estorbos?

La parte superior, los entresuelos y patios interio- res de la Aduana eran habitados por familias y sirvien- tes de todas categorías, y así como los ratones de des- pensa esperan la cesación del tránsito y el ruido para entregarse á sus solaces y apetitos, lo mismo brotaban las gatas por corredores, escaleras, tránsitos y veri- cuetos del vastísimo edificio de la Aduana.

La costurerilla que iba á cotejar una muestra ó á traerse un carrito para su tarea, la pilmama pastorean-

do chicos saltantes y rejegos, llorones, pleitistas, la gata que pedía licencia para comprar zapatos, la cocinera, que terminado su trabajo, llevaba á su casa el sobrante no escaso de la comida, las visitas de señoras formales, que en son de rosario, de tejido ó de *hebra pendiente*, iban en pos del chocolate de las casas de los jefes; todo este concurso tenía su chiste para meritorios y empleadillos de baja ralea, presos en la oficina de Pases hasta las cinco de la tarde. Yo era de esa falange, y mi natural propensión á mis estudios de costumbres, me hizo buscar el contacto de resabrosas garbanceras, retobadas pilmamas y succulentas cocineras, habitadoras de aquellas regiones. Mi propensión formó escuela, tuve discípulos, prosélitos y cómplices, y á poco andar, aquella Aduana era una maravilla en esto de cuchicheos, trompadas y alegrías. . . . Los jefes estaban fritos con aquel desorden; los gatos celosos, los maridos hoscos y amenazantes, y las quejas brotaban en todos los tonos imaginables.

Con tan atendibles antecedentes ordenaron los Jefes, para ponerme en quietud, que me trasladase á la mesa de los Tenedores de Libros, haciendo aparecer mi castigo como honrosa distinción.

Los primeros días los superiores me traían en las palmas de las manos, y estaban conmigo al partir un piñón. Pero á muy poco tiempo mis amigos, espantados de pronto con la gravedad de mis funciones y las fisonomías de ahuyenta pájaros de mis superiores, fueron acercándose poco á poco á mi bufete de versista, fo-

mentando mi decidida vocación de terciar en amores y zurcir y remendar voluntades.

Componía un epitafio para un niño que se tragó un soldadito de plomo con todo y fusil.—Hermano: amánsame á esa ingrata que está que se pirria por el sobrino del cura.—Para Conchita en sus días.—El hurto de una liga;—y por aquí disparo una quarteta, por allá suelto una décima, más allá perjeño un soneto ó tejo y urdo una carta que arrojaba chispas. Entretanto descuidaba el Diario, las cuentas corrientes bailaban la zandunga con Varios á Varios, y el Haber y Debe vagaban como unos desesperados entre endechas, quejas y sátiras derramadas á troche moche.

En un día de Corte de Caja se hicieron sensibles mis atrocidades, las cuentas no se podían desembrollar, hubieron inculpaciones y dieterios; tomaron las cosas hasta proporciones alarmantes sobre la conducta de los Cajeros, y la Contaduría, implacable, consultó mi separación de la oficina.

Es de advertir que mis hojas de servicio eran excelentes en cuanto á el romaneaje, de mi probidad y talentos; pero en la parte reservada había una nota traidora que me acusaba de poeta, calificación que se oía en las alturas burocráticas como enfermedad vergonzosa ó vicio incorregible.

Mientras duraba la resolución de la consulta de la Contaduría, quedaba en suspenso y realmente hundido en amarguras.

Por fortuna mía era Administrador de la Aduana

Don Joaquín Lebrija, veracruzano, de clarísimo talento y excelente corazón, frente calva, carrillos carnosos, un sí es no es colgantes, ojos pequeños, dentadura blanquísima, rolliza papada y un conjunto franco, abierto y bondadoso. Me propuse acudir á él para implorar su protección; estaba enfermo aunque sin guardar cama, y no había tenido participio en mi desventura.

Me acogió piadosamente mi jefe, por supuesto que no eran comunes sus ideas con los otros pedazos de prosa vil contra los poetas.

—Mala, malísima partida te han jugado las musas, güero ¿qué haré yo contigo?

—Usted sabe señor mi situación; sabe usted que soy el sostén único de la señora mi madre y que ya tengo un castigo terrible con verla sufrir.

Inclinó la cabeza el jefe, yo esperé mi sentencia como un reo.

Alzó los ojos y me dijo:—Mira, encárgate por ahora de mi correspondencia y de darme cuenta para acordar. . . . ya veremos; que te pongan una mesa en la sala.

La enfermedad de mi bienhechor era la gota, porque como buen veracruzano, era no sólo gastrónomo, sino perito en la confección de pulpos y camarones, robalo y huachinango, salsas y potajes que daban hambre cuando él, en sus lecciones orales, los saboreaba.

Aquella fisonomía paternal, aquella risa franca, aquella verba juvenil me alentaba y me dediqué á mis nuevos trabajos con ahinco.

A pocos días, no sólo llevaba la correspondencia con

expedición y soltura, sino que aventuré algunos informes, puse acuerdos y redacté minutas, llenándome de aplausos mi favorecedor.

¡Oh! y con cuánta delicia sabía yo que mi jefe muy frecuentemente exclamaba:

—«Eso de medir talentos y valuar aptitudes como lo hacen las hojas de servicio, es una barbaridad; vean ustedes á ese muchacho, lo han despedido de la Contaduría por inepto y es hoy mi desempeño; se puede decir que es el Administrador.»

Cuando sin saberlo yo, ni sospecharlo siquiera recibí un oficio con su aguilota correspondiente y la firma del Ministro de Hacienda, en que se me ascendía, y se me asignaban funciones de secretario del administrador, con una gratificación, mi júbilo fué inmenso, sin que la más leve sombra le obscureciera, porque yo, cerca del Sr. Lebrija, era el abogado y *valedor* de mis compañeros. Respecto á garbanceras y regocijos, puse respetuosa distancia, no por arrepentido, sino por acobardado por mis infortunios.

Este fué mi primer percance poético, repetido después en todas las facetas de mi vida.

No quiero pasar adelante sin hacer notar, que en los informes sobre mi injustificable conducta, se pasaba y se me disculpaba, por la edad, todas mis diabluras; pero en llegando á lo poeta se enturbiaba el agua y no había conmiseración.

Los empleados viejos, los covachuelistas de tomo y lomo me ponían por modelo á un V. M. G., cuya foto-